

PANORAMA

NIÑOS PRODIGIO

Leo en un periódico italiano –y mira que es difícil que una noticia española ocupe un hueco en portada tratándose de Italia- que un niño de Coslada, Carlos Alberto creo que se llama, tiene a todo el mundo asombrado con sus conocimientos de egiptología, que lee la escritura jeroglífica de corrido, que acuden a él los doctores para que les enseñe.

Niños prodigio fueron Alejandro Magno, Montaigne, Mozart, el mismo Jesucristo, y a fe que con su vida o con sus obras cumplieron con creces las expectativas que despertaron. Pero otros han visto que con la edad iban acompasándose a la normalidad, y algunos incluso han tenido finales no ya vulgares, sino tristes. Esto último es lo que me hace sentir, más allá de la admiración o la curiosidad, cierta inquietud cada vez que oigo hablar de un niño prodigio. Por un lado es de imaginar la presión a la que se verá sometido por parte de los adultos; por otro, cabe pensar que el desarrollo extraordinario de una facultad puede ir en detrimento de otras, crear a veces un desequilibrio en la personalidad. Por último, también puede preguntarse uno si es bueno y conveniente que se empleen facultades extraordinarias en el desarrollo de habilidades fútiles, como ocurre en alguna ocasión. No digo que la egiptología sea una disciplina vana, todo lo contrario, pero... ¿y si Carlos Alberto se dedicara a resolver problemas más urgentes, a descifrar por ejemplo, para alivio de propios y extraños ese extraño código ético-económico-administrativo que ha convertido nuestras vidas en un laberinto de impresos, informes, declaraciones, tasas, impuestos, contratos...?

Fuera de bromas: dan un poco de pena los niños prodigio, tal como andan las cosas en nuestra sociedad. Dan pena, en realidad, todos los niños “públicos”; prodigiosos o no; todas las infancias sacrificadas en el escaparate. Ahora está de moda, por ejemplo, instruirnos en el álbum infantil de los políticos. Hay también un auge de la literatura de recuerdos. En este segundo caso, se trata casi de lo contrario: el niño que nos ofrecen un Juan Cruz, un Mateo Díez, no es un niño sacrificado, sino rescatado. En el otro, en el de los políticos que sacan el álbum familiar casi a guisa de cartel electoral, produce cierta grima. Es lógico que se considere relevante saber si nuestro candidato a presidente fue un niño mono o un niño repelente, un Jaimito o un Pitagorín, puesto que cada vez importa menos lo que efectivamente sea hoy, lo que piense y proyecte ya de mayorcito, pero no deja de infundir cierta melancolía esta feria de confusiones entre vida pública y vida privada. Una cosa es la superación de ciertas coordenadas ideológicas, otra el recurso al sentimentalismo ramplón. El político de raza, el niño prodigio de verdad, no vende su intimidad. Le bastan sus ideas, sus actuaciones. Y si no a él, deberían bastarnos a nosotros.

Agustín CEREZALES